

# EL MISTERIO DE LA REPRESA DE GURI

## CUANDO LOS MUERTOS SALIERON DE LAS TUMBAS DEL CEMENTERIO DE LA LAGUNA NEGRA

1º Parte

Por Julio Barreiro Rivas



**REPRESA DEL GURI**



Hace muchos años, cuando los españoles llegaron a Guayana, se encontraron con los primeros habitantes de estos territorios, también llamados aborígenes, quienes al verlos gritaron ¡alígunos, alígunos!, que quiere decir “hombres blancos”.



No tardaron los españoles en tener contacto con los nativos y observaron que éstos tenían entre sus pertenencias varios objetos de oro; los forasteros precisaron a los aborígenes a que les revelaran el sitio de donde habían obtenidos esos metales amarillos, éstos al ver la ansiedad y la ambición desenfrenada que mostraban los alígunos, para complacer sus



**OBSTÁCULOS INDÍGENAS NATURALES DEL DORADO**

**Deseos les dijeron: ¡...Allá, mucho más allá de los tepuyes, existe un río donde las piedras todas son amarillas y las tribus que lo habitan tienen todos sus utensilios hechos de ese metal...!**

**Los españoles todos a una sola voz gritaron: ¡Ese es el dorado prometido! - ¡Tendremos que conquistarlo!**

Pero se impuso la naturaleza. Los grandes tepuyes conforman una barrera natural con una altura que sobrepasa los 1.000 metros, decorados, con grandes cascadas, entre ellas resalta el Salto Ángel, lleno de bestias salvajes: Anacondas, pirañas caribes, mosquitos quita bocados, zancudos arañas monas y, un sin fin de plantas carnívoras y venenosas. Estos parajes fueron descubiertos en el año 1.937 por Félix Carmona Puig, un español nativo de Cataluña. Tantos obstáculos naturales impidieron que los españoles descubrieran el famoso “Dorado”.

Tan impenetrables son esos lugares, que nunca se pudo descubrir el misterio que se esconde en la Gran Sabana, mucho más allá de los tepuyes.

Solamente el minero guayanés y los garimpeiros brasileños que religiosamente extraen el oro y los diamantes que están escondidos en sus entrañas, pueden conocer los verdaderos misterios escondidos en las intrincadas montañas de los tepuyes guyaneses.

Son muchas las minas de oro y diamantes que están siendo explotadas clandestinamente, entre ellas están “Las minas del Merey, el Carrao, San Salvador de Paúl, el Guaniamo, el Milagro, entre otras. Estas minas están reguladas por el ministerio de Minas y resguardadas por la Guardia Nacional de Venezuela, estando totalmente prohibida la explotación de los parajes que están más allá de los tepuyes, con el pretexto de que son tierras peligrosas y están declaradas Parque Nacional, territorio virgen jamás pisado por la planta del hombre civilizado, sólo los aborígenes nativos son dueños y señores de ese territorio, ninguna autoridad puede impedirles su paso por estos espacios, así como la libre explotación de su tierra.

Es así como estos primeros pobladores, extraen oro y diamante y lo venden a precios muy bajos a los compradores instalados al margen de los tepuyes en las riberas del Caroní y, quienes están al acecho de esta mercancía. Las grandes cantidades de estos minerales producto de su explotación, al no tener procedencia legal no pueden ser transportadas a Ciudad Bolívar en avionetas, porque podrían ser detectadas por las autoridades. La única forma de sacarlas de la zona de extracción, es mediante canoas, navegando a través del río Caroní hasta Puerto Ordaz; por este motivo grandes cantidades de oro y diamante son depositados en garitos improvisados, solamente con la custodia de algunos mineros que se ofrecen para esta tarea, así como para el transporte de las mismas.

Para evitar sospechas sobre estos manejos, otras cantidades de metales son transportadas en avionetas y helicópteros, custodiados por la Guardia Nacional. Generalmente los compradores en su mayoría son venezolanos pero el verdadero comprador está establecido en Ciudad Bolívar y es de nacionalidad hebrea.

***Este es poco más o menos el panorama que envuelve la extracción del oro y diamante en las minas de Guayana, antiguo dorado de los españoles conquistadores.***



-Un día cuatro curiaras indígenas, salían aguas abajo. Las aguas turbias y tormentosas del río Caroní, se prestaban a recibirlas en su lecho lleno de caimanes y caribes. En cada curiara viajaban dos hombres, que vistos a lo lejos parecían dos indios. Pero en realidad se trataba de mineros que custodiaban el oro y el diamante. Y que para confundir a la Guardia Nacional, adoptaban las mismas características de los aborígenes. Junto a éstos se desplazaban dos compradores propietarios de la mercancía. Varios trayectos difíciles para el paso de las curiaras que se encontraban en el río grandes cascadas y turbulencias tendrían que soportar, puesto que la distancia a recorrer sobrepasa en mucho más a los 1.000 kilómetros.

- Como quiera que estos viajes se repetían, ya tenían previsto el sitio donde iban a pernoctar, para proseguir al día siguiente. Dos días les llevaba esta travesía. Cada uno se ocupó de guindar su “chinchorro” amarrándolos de unos chaparros frondosos a la orilla del río. – Un poco más allá, en una mata de merey, algo distante de los seis mineros, los dos compradores después de comerse unas latas de sardinas con casabe y, de haber tomado un guarapo de café caliente, amarraron las hamacas, se taparon con un mosquitero y así se arroparon con una cobija para aprestarse a dormir.

-Aproximadamente a la media noche, cuando la oscuridad era total, los seis mineros se levantaron silenciosamente “machete en mano” y sin pensarlo mucho ¡zas! Varios machetazos cayeron sobre la humanidad de los dos compradores del botín. – La sangre se hizo presente, lo que les importaba muy poco, puesto que por la soledad del sitio y lo distante de toda civilización, nadie descubriría el crimen. Y considerando esto, no se tomaron la molestia de enterrar los cuerpos. – Al día siguiente, bien de mañanita, saldrían los seis mineros río abajo. Mil kilogramos de oro y veinte de diamantes, era el botín que tenían en las curiaras. Tendrían dinero suficiente para el resto de sus vidas. Necesitaban actuar bien para no ser descubiertos.

- Fue así como antes de embarcarse, planearon lo que tenían que hacer con el tesoro. Las siluetas de las cuatro curiaras, bogaban cargadas de oro y diamante, manejadas diestramente por los rufianes, sólo eran interrumpidas por algún caimán que se cruzaba en el río.

**Laguna Negra**, era un pueblito fundado desde los tiempos coloniales a las márgenes del río Caroní. Una pequeña placita, una iglesia y un cementerio conjuntamente con unas cien casas, conformaban el pueblo, habitado en su mayoría por campesinos y mineros. – El nombre de **Laguna Negra**, le venía porque el río cuando crecía, vertía sus aguas en un terreno tomando el aspecto de una laguna; en la cual al cesar las crecidas, las aguas quedaban estancadas, por cuanto no tenían comunicación con el río y tomaban una coloración muy oscura, casi negra, en donde se formaban y crecían toda clase de animales: serpientes, caimanes, caribes, zancudos, entre otros. Pero; sin embargo, era de estas mismas aguas de donde se abastecía el pueblo después de ser extraídas mediante bombas.

Eran nativos de este poblado los seis mineros, ahora dueños del botín los rufianes esperaron que la noche se hiciera avanzada para internarse en el pueblo. Lo harían por el paso de entrada a la laguna, que en esos días estaba comunicada por el río. – En una pequeña montaña adyacente a la laguna, estaba ubicado el cementerio, cercado de unas rústicas paredes construidas de bahareque, construcción semejante a la utilizada en las casas del pueblo, apenas una que otra casa de construcción más reciente, eran elaboradas a base de mampostería; lo mismo así las tumbas del cementerio.

-Todo estaba en silencio. La planta eléctrica que daba energía al pueblo se había apagado. Fue en ese momento cuando los rufianes a bordo de las cuatro curiaras, entraron en la laguna y se dirigieron al cementerio, después de amarrar las embarcaciones, fueron al centro del camposanto donde tomaron herramientas y procedieron a abrir una tumba. Con gran maestría sacaron el ataúd y, de él, el muerto, que a decir de uno de ellos, se trataba del mismo padre de éste, el cual había recién enterrado. Después de depositar el cadáver a un lado, procedieron a colocar el ataúd nuevamente dentro de la tumba y, en él, las bolsas de oro y diamante.



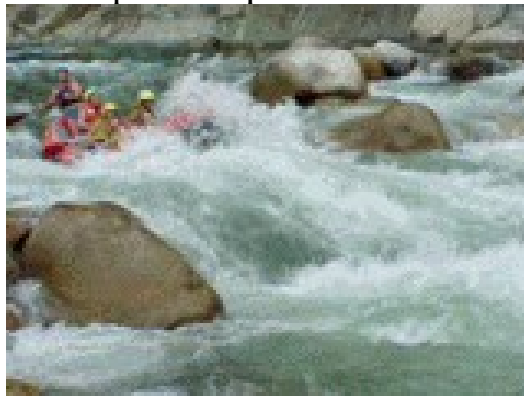
LOS MUERTOS DE LA LAGUNA NEGRA

Una pequeña linterna iluminaba esta fúnebre operación y, un murmullo se dejaba escuchar: ***...Toma una bolsa de diamantes y otra de oro, el resto lo dejamos así hasta que pase todo. Ya nos llegará el tiempo de venderlo.***

Acto seguido procedieron a tapar la tumba. – El cadáver lo colocaron en una curiara, amarrándole una piedra grande para luego ser arrojado a las profundidades del río Caroní. Mientras tanto las cuatro curiaras, las habían escondido en unos matorrales cercanos al cementerio. Los delincuentes, después de haber cometido tan profanos actos, se dirigieron al pueblo a reunirse con sus familiares. – Al día siguiente, saldrían a vender el oro y los diamantes a Ciudad Bolívar, teniendo cuidado de no despertar sospechas dentro del ambiente que rodea a los mineros; y así tener suficiente dinero para no volver a realizar estos trabajos, para la cual se tomaban varios días.



Había pasado un mes desde el día en que los bandidos llegaron a **Laguna Negra**. Para salir y entrar al poblado, tenían que cruzar el río utilizado un rústico puente colgante. – Al otro lado del río, se prestaba un servicio de vehículos rústicos que transportaba a los pasajeros hasta Puerto Ordaz y Ciudad Bolívar, donde éstos procedían a vender el oro y los diamantes. Por lo tanto estos rufianes disponían de mucho dinero, lo suficiente como para derrocharlo en diversiones con mujeres de la vida alegre. Estaban felices y confiados de que el botín enterrado en el cementerio, jamás sería descubierto y se figuraban que después de pasar algún tiempo lo venderían y serían millonarios para siempre. En sus tertulias era común escucharles hacer planes, los cuales eran fácilmente detectados por el ambiente que compartía su diversión.



El judío propietario del botín, había denunciado a las autoridades la desaparición de sus compradores. La Guardia Nacional en compañía de la PTJ, empezaron las investigaciones. Como quiera que el oro y los diamantes que formaban el lote, era contrabando. El judío no denunció el tesoro, sólo la desaparición de sus empleados y de los seis mineros que los acompañaban. Pero extraoficialmente las autoridades sabían que en las cuatro curiaras se transportaba una gran tajada.

Varias avionetas y helicópteros volaron repetidas veces por el río. Al no divisar ningún vestigio de vida en él, decidieron hacerlo por el río en una



Lancha patrullera de la Guardia Nacional. Fue así como al bajarse en un paradero se encontraron con el macabro hallazgo: los dos compradores de diamante, estaban descuartizados, enrollados en las hamacas. Al no encontrarse rastro alguno de los seis mineros, ni de las curiaras, era más evidente que eran éstos los autores del asesinato y del cuantioso robo.

Rápidamente llegaron al pueblito de *Laguna Negra*, las autoridades donde fueron informados del paradero de los asesinos a quienes encontraron sorprendentemente en un lujoso hotel de Ciudad Bolívar, cada uno con su respectiva mujer. Al encontrarse descubiertos no se hicieron de rogar y, confesaron su participación en el macabro asesinato y en el robo del oro y los diamantes. Pero con tan mala suerte que las curiaras se habían hundido en el río y ellos se salvaron de casualidad. A decir verdad, la policía les creyó muy poco esta coartada, pero como las embarcaciones no aparecieron, decidieron cerrar el caso, puesto que como el judío no podía denunciar la cantidad total robada, la policía creyó que tal vez ya ellos la habrían vendido y sólo se conformarían con el dinero que tenían al momento de la captura.

La sentencia fue rápida: Asesinato en Primer Grado con Premeditación y Alevosía, a punta de machete. Treinta años de prisión para cada uno, los cuales tendrían que ser cumplidos en la Cárcel de Ciudad Bolívar.

[www.farandulo.net](http://www.farandulo.net)